

Un joven de 16 años mata a sablazos a su padre, a su madre y a su hermana

Las tres víctimas, que quizá fueron sorprendidas mientras dormían, estaban casi degolladas en su casa de Murcia

A. TORICES/V. RODRÍGUEZ • MURCIA
En el número 20 de la murciana calle Santa Rosa, en el modesto barrio de Santiago El Mayor, se produjo ayer una carnicería. Un joven de 16 años, tímido y aficionado a las artes marciales, mató presuntamen-

te a sablazos, poco antes de las ocho de la mañana, a sus padres y a su hermana pequeña, afectada por el síndrome de Down. Fue un parricidio brutal, en el que su autor utilizó como arma una catana -sable de guerra japonés- que el padre le

había regalado hace siete meses. El presunto homicida sorprendió probablemente a sus padres y a su hermana en la cama y los cortes de la espada, que en el algún caso prácticamente decapitaron a las víctimas, fueron mortales de necesidad. Los

vecinos no se percataron de lo que ocurría, salvo dos de ellos, que oyeron gritar a la niña: «¡Mamá, mamá!» Toda la policía de la ciudad buscaba anoche al presunto parricida, que por la tarde fue visto circulando en una motocicleta con otro joven.

La conmoción era ayer la nota predominante entre los centenares de vecinos que se arremolinaron durante toda la tarde ante el portal del número 20, para enterarse de lo que había ocurrido horas antes en el segundo C. Nadie se lo podía creer. Rafael Rabadán Tovar, nacido hace 51 años en Espinardo y camionero de la empresa Vera Meseguer, era el cabeza de una familia más, querida por sus vecinos y considerada unida y común. La madre, Mercedes Pardo Pérez, de 54 años, era de Santomera, y la niña pequeña, María, de 12 años, había hecho la Primera Comunión el año pasado.

No obstante, los vecinos más inmediatos, los que ocupan las cuatro plantas del portal, estaban preocupados desde la mañana. Quienes oyeron los gritos se lo comunicaron a la policía. Unos agentes se dieron una vuelta sobre las nueve y media y llamaron a la puerta, pero, como no vieron nada anormal, se fueron.

«He matado a mis padres»

Las sospechas se acrecentaron a media mañana. José Rabadán Pardo, el presunto parricida, llamó sobre las once y media desde una cabina a un amigo. Le dijo que no le acompañaría al cine por la tarde porque había matado a sus padres. El chaval lo tomó a broma, pero acudió a la casa de la familia Rabadán y nadie contestó.

El rumor se corrió por el barrio y los vecinos empezaron a ponerse nerviosos. Los amigos más cercanos estaban extrañados de que Rafael no hubiera bajado a engrasar su camión, ni a tomar su café mañanero, y de que la madre y la niña no hubieran salido a pasear. El temor creció después de la comida. No aguantaron más y llamaron al 091 para contar lo que sabían.

No había forma de acceder a la casa, por lo que la policía entró, sobre las cinco de la tarde, por una ventana posterior, con la ayuda de la escala de los bomberos. El agente, nada más asomarse, vio el primer cadáver, el de la madre: degollada, en un charco de sangre, tirada en la cama, y con una bolsa de plástico anudada en la cabeza. Los otros dos cuerpos, en condiciones similares, yacían en el baño.

Mientras la policía, el fiscal, el forense y el juez de guardia realizaban sus primeras investigaciones, se dio orden de busca y captura de José. Una vecina le había visto marcharse del barrio sobre las nueve de la mañana. La movilización de coches patrulla se aceleró a las siete y media de la tarde. Un vecino lo había visto junto a la iglesia de una calle cercana, San Pío XII, en un ciclomotor, con un amigo. Al cierre de la edición aún no se le había detenido.



Los tres cadáveres fueron sacados de la casa de Santiago el Mayor en medio de una gran expectación, como se ve en la imagen. El barrio permanece aún conmocionado. JUAN LEAL

Uno tras otro, a golpes de samurai

A. T./V. R. • MURCIA

Las escenas que se vivieron en la casa de los Rabadán debieron de ser terroríficas. No han trascendido datos pormenorizados del parricidio, pero, según se ha sabido de fuentes de la investigación, José Rabadán cogió el sable de samurai, lo desenvainó y se dirigió a la habitación en la que descansaban sus padres. Les tuvo que sorprender

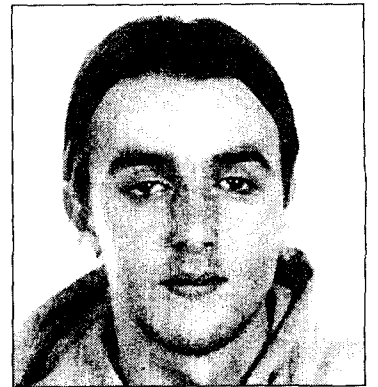
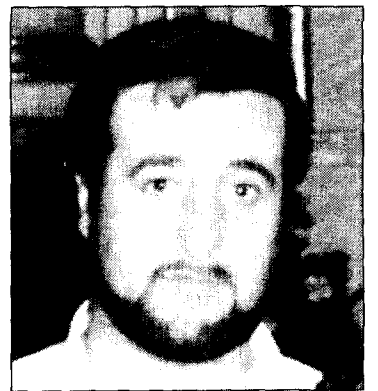
todavía dormidos, porque las heridas dan a entender escasa resistencia y los cuerpos estaban desvestidos. Probablemente, el primero en morir fue el padre. El suyo es el cuerpo con más sablazos y más graves: tiene parte de la cabeza separada del cuello y numerosos cortes en la cabeza. No

obstante, alguna resistencia hubo porque tiene cortados varios dedos, probablemente al protegerse la cara con las manos. También la madre perdió algunos dedos.

Las heridas de ésta son parecidas por la espalda, especialmente en la nuca. Cayó muerta en una habitación contigua a la del matrimonio. Las lesiones de la niña son casi

idénticas a las de su madre. El autor arrastró el cuerpo del padre por el pasillo y lo llevó al baño. El de su hermana lo dejó en la bañera. Los tres se encontraban embutidos en una bolsa de plástico atada al cuello. Entre las pertenencias del joven había libros de contenido satánico.

Las cabezas estaban semicortadas y embutidas en bolsas de plástico, y en la casa había libros de contenido satánico



La familia que ya no existe. En las imágenes se ve a los cuatro integrantes de la familia Rabadán Pardo. La madre, Mercedes Pardo Pérez, de 54 años (imagen superior izquierda); el padre, Rafael Rabadán Tovar, de 51 años (superior derecha); la niña, María, de 12 años (inferior izquierda), y José, el presunto parricida, de 16 años.